

www.elboomeran.com

Philipp Blom

El coleccionista apasionado

Una historia íntima

Traducción de Daniel Najmías



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
To Have and to Hold
Allen Lane The Penguin Press
Londres, 2002

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Jacopo Strada», Tiziano, c. 1567-1568, Kunsthistorisches
Museum, Viena

Primera edición: octubre 2013

© De la traducción, Daniel Najmías, 2013

© Philipp Blom, 2002

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6358-1

Depósito Legal: B. 17709-2013

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

Para Veronica

AGRADECIMIENTOS

Siempre me fascinó el tema del coleccionismo, la sencilla pregunta por la razón que lleva a la gente a acumular objetos, cosas a menudo inútiles, pero hasta 1998 no tuve la oportunidad de poner por escrito algunas de mis ideas en un artículo para Elisabeth Bauschmid, del *Süddeutsche Zeitung*. Hasta que le hablé del asunto a Victoria Hobbs, mi agente, que demostró tener auténtico olfato y perspicacia cuando se abalanzó sobre mi idea y luego me ayudó a desarrollarla, yo no creía que fuesen muchos los interesados en un tratamiento exhaustivo de esa extraña y hermosa obsesión llamada coleccionismo. Además, tuve la gran suerte de encontrar, en el editor Stuart Proffitt, un espíritu afín y con vista de lince. Sara Fisher también se merece mi sincero agradecimiento.

Mientras trabajaba en la idea inicial, Geert Mak me dio muchos ánimos, y su infalible capacidad para distinguir detalles me ayudó a encontrar mi camino. Durante la fase de investigación fueron muchas las personas que me permitieron destilar mis pensamientos gracias a su paciente escucha, y también las que contribuyeron con sugerencias que con frecuencia abrieron una línea de investigación enteramente nueva. La profesora y doctora Maria Teschler-Nicola (Hofrat), el doctor Rudolf Diestelberger (Hofrat), el doctor Georg Kugler (Hofrat), la doctora Monika Firla y el doctor Rudolf Maurer me prestaron

una ayuda de inestimable valor en los capítulos relativos a Viena, las colecciones habsbúrgicas y la historia de Ángelo Solimán. El doctor Arthur MacGregor, experto sin par en este campo, me aclaró muchas cosas acerca de las colecciones del Renacimiento y el Barroco. El profesor Robert Evans tuvo la amabilidad de permitirme aprovechar sus conocimientos sobre todo lo relacionado con el enigmático Rodolfo II; por su parte, Thomas Klinger, Alex Shear, Wolf Stein, el sacerdote jesuita Thomas McCoog, David Cahn, Antje Gaiser, Hugh Scully y Anne Heseltine me ayudaron a comprender mejor la mentalidad de los coleccionistas. El profesor Jon Stallworthy demostró ser un amigo amable y generoso, y también un excelente consejero, a la hora de leer el manuscrito y sugerir maneras de mejorarlo. Como siempre, el aliento de mis padres, de mi hermana Christina, y de Veronica, mi mujer, fue para mí un apoyo constante y maravilloso.

Vaya mi último agradecimiento para un desconocido, el sabio borracho del Café Bräunerhof, que me hizo volver a considerar la cuestión y tuvo la gentileza de ofrecerme un epílogo. Alzo mi copa por él y por todos los que contribuyeron a hacer realidad este libro.

P. B.
París, 2001

Toda pasión bordea el caos; la del coleccionista, el caos de los recuerdos.

WALTER BENJAMIN, «Desembalo
mi biblioteca»*

* Salvo mención expresa a pie de página, las citas se han traducido a propósito para la presente edición. Ésta, y las demás citas de Walter Benjamin, a partir del original alemán. (*N. del T.*)

TRES VIEJOS

Cuando, siendo aún niño, tenía problemas para conciliar el sueño por miedo a las brujas o los demonios que pudieran hallarse escondidos debajo de la cama, me reconfortaba imaginando a mi bisabuelo sentado en su sillón, con un libro, tal como yo lo había visto, y también como siempre me lo había descrito mi madre, que había crecido en la casa de mi bisabuelo en Leiden, Países Bajos. En mi imaginación sigue sentado allí, vestido impecablemente con un terno, según la moda de la década de 1940, un mechón de pelo blanco en la frente y poco más de un centímetro de cabello a los lados de la cabeza, un bigote semejante a un cepillito (moda a la que no renunció a pesar de un austriaco *non grato* que también la había adoptado). Más que con elegancia, vestía con corrección. Todos sus trajes eran viejos, pero aún podían llevarse y, como sus camisas, tenían los puños y el cuello gastados, testimonios de la parsimoniosa vida de su dueño y de sus ideales calvinistas. Lo rodeaban los lomos de miles de libros de las estanterías que iban del suelo hasta el techo.

Es imposible saber hasta qué punto esa imagen es un recuerdo auténtico (mi bisabuelo murió a los noventa y cuatro años, cuando yo sólo tenía cuatro) y cuánto de ella se ha rehecho en mi cabeza a partir de las historias que me contaron y de las fotografías, pero mi admiración por su curiosidad y su eru-

dición fue tan grande que nunca se desvaneció por completo. Era la suya una imagen de la que emanaban una bondad y una autoridad inmensas, y estoy seguro de que no hubo demonio capaz de atreverse a desafiarlo. Había sido, según me contaron una y otra vez, un gran bibliófilo y coleccionista de obras de arte, un hombre de una enorme erudición, hecho a sí mismo, y me sentía realmente orgulloso de él.

Willem Eldert Blom, que había empezado de aprendiz de carpintero, murió rico, pero no en lo que a dinero se refiere, sino por haber vivido una vida rebosante de aventuras inverosímiles y de conocimientos, circunstancias éstas que lo llevaron a dominar diecisiete idiomas, a doctorarse en ruso cuando tenía ochenta y cinco años (después comenzó a estudiar chino) y a acumular una biblioteca de cerca de treinta mil volúmenes. Algunas reliquias de ese tesoro se encuentran hoy en nuestra casa: Biblias antiguas y pesadas con tapas de cuero rígido y grandes como lápidas; obras clásicas en griego y en latín; libros de medicina del siglo XVIII; una flauta travesera de madera que él mismo había tocado y cuyos rudimentos también me enseñó. Además, pinturas y grabados, incluida una lámina de Rembrandt que ahora cuelga cerca de mi escritorio. Ésa fue la primera colección, o recuerdo de una colección, que conservo en la memoria.

Ahora me parece que su vida guarda una gran similitud con la de otros coleccionistas, hombres y mujeres cuyo interés por la vida les permitió vencer las limitaciones de su época y de su educación. Tras estudiar latín, griego y lenguas antiguas –por la noche, una vez terminada la jornada en la carpintería–, mi bisabuelo se hizo traductor y luego se fue a Nueva York –a trabajar nada menos que de catador de té–. Volvió a los Países Bajos y fue, sucesivamente, corredor de Bolsa, gerente, fabricante de galletas, otra vez corredor de Bolsa y, más tarde, cuidador de cisnes, pero esta última e inocente ocupación fue, en realidad, una astuta tapadera. Una vez jubilado salía de su casa todas las mañanas con una bolsa de migas de pan en la mano. «Madre, voy a

dar de comer a los cisnes», le decía a Godefrieda, su mujer, y después tomaba un autobús hasta la estación central de Leiden y desde allí un tren a Ámsterdam, donde tenía una tienda de antigüedades llamada De Geelfinck. Godefrieda nunca habría aprobado que un hombre de su posición se dedicara al comercio, y a él nunca le habían gustado las discusiones domésticas. El engaño no se descubrió hasta varios años más tarde, cuando entraron ladrones en la tienda y ella leyó la noticia en el periódico.

De Geelfinck (El Pinzón Amarillo) fue, según se dice, más un capricho personal que una auténtica tienda de antigüedades, un lugar en el que Willem acumulaba curiosidades, obras de arte, libros, objetos todos que también estaban en venta y le financiaban la pasión de adquirir piezas cada vez más raras; las que no quería vender se las llevaba a casa. En una fotografía tomada hacia 1965 se lo ve en la puerta de la tienda, ligeramente por debajo del nivel del suelo, rodeado de objetos de gran valor y de otros que no valían absolutamente nada, testigos ambos de su pasión de coleccionista y de su inescrutable sentido del humor: llaves enormes (nadie sabe qué abrían); el molar de un elefante (con una ficha que dice: *Sustituye a toda una dentadura postiza*); mensajes en verso escritos sobre cartón y en un inglés conmovedor y no totalmente coloquial: *Step in old man / (Don't call me «old man») / Into this jolly old antiques shop / Old girl / (Don't call me «old») and when / You've looked around from floor to top / You'll find it such a jolly old shop / Where old jolly things in legion abound / Old Man, Old Girl, look freely around. / (Don't call me old, or I'll call the hound.)** Mi bisabuelo está de pie junto al plato fuerte de su colección, un sarcófago egipcio

* «Entra, viejo, / (No me llames “viejo”) / en esta alegre tienda de antigüedades. / Y tú, vieja, / (No me llames “vieja”) y cuando / hayáis mirado del suelo al techo / os parecerá ésta una alegre tienda de antigüedades / donde abundan las cosas antiguas y alegres. / Tú, viejo, tú, vieja, / mirad a placer. (No me llames viejo, o haré que venga el perro.)» (*N. del T.*)

auténtico que posteriormente fue a parar a un museo. Dentro de la tienda había cientos de libros, desde ejemplares del siglo XVI (su especialidad eran las Biblias) hasta novelas de misterio modernas encuadradas en rústica, iconos rusos y óleos, piezas de porcelana, muñecas de Java, máscaras africanas, peltre holandés y azulejos de Delft; jarrones y utensilios de cocina antiguos; lacas japonesas y discos de gramófono. Hoy, el sótano que albergó su madriguera es una tienda especializada en utensilios de cocina chinos. En la tienda de la izquierda se venden *souvenirs* (molinillos de viento, zuecos de madera pintados, torres Eiffel de plástico doradas); en la tienda de la derecha, flores. En temporada siempre está a rebosar de tulipanes de brillantes colores.

El aura de Willem Blom, y toda una vida dedicada a buscar explicaciones en libros y tesoros antiguos, quedó plasmada no sólo en las estanterías y las paredes de mis padres; la mayor parte de su biblioteca se encuentra hoy en la Universidad de Leiden.

Durante mis años de estudio, el poco afecto que sentía por los deportes y la carpintería me permitieron pasar el tiempo en los dominios de otro coleccionista. El colegio al que asistía era una institución realmente muy poco usual, orientada según los principios del más excéntrico de los sabios de finales del siglo XIX y principios del XX, Rudolf Steiner, el arquitecto de una gran variedad de teorías prestadas y de *idées fixes* que él llamó antroposofía, y estaba ubicado en los terrenos de un pequeño castillo rodeado de bosques. El castillo y las tierras habían pertenecido a un hombre misterioso al que todavía podía verse pasear, con muletas, por la calle principal de esa pequeña comunidad, vestido con un abrigo de loden verde y la cabeza cubierta con sombrero; recuerdo que el cuello le sobresalía, casi horizontal, del abrigo. En suma, un personaje vetusto y con aspecto de tortuga. De niños lo llamábamos simplemente el «príncipe he-

redero», un nombre enigmático para un niño de corta edad. En realidad se trataba de Georg Moritz, otrora heredero del ducado de Sajonia-Altenburg. La historia había superado a su padre, Ernesto II, el último duque que reinó en Alemania, que abdicó en noviembre de 1918. Al duque le habían dejado el castillo, un edificio nada romántico en el centro de Westfalia, en concepto de indemnización tras ceder él su sede en Altenburg y el grandioso palacio familiar, y Georg Moritz, su hijo, seducido por la ideología de Steiner, lo había transformado, junto con la finca agrícola adyacente, en un colegio.

Cuando conocí al príncipe heredero él ya tenía ochenta años largos, y para mi deleite descubrí que las dos habitaciones del castillo que Moritz todavía ocupaba (todo lo demás lo había donado al colegio, en el que también había impartido clases) estaban atiborradas de antigüedades y libros de historia, filosofía y arte, un oasis donde refugiarse del bullicio del internado. Moritz me permitió acceder libremente a su biblioteca, en la que eludí, muy feliz, más de una clase de educación física —para disgusto del profesor de la asignatura, que se sentía impotente para intervenir.

Delante de su apartamento había un pequeño rellano, un espacio neutral entre dos mundos. Olía a internado, a linóleo, a cera para madera y a detergente en polvo; destacaban en él unas macetas horripilantes y unas espantosas acuarelas antroposóficas (llenas de colores primarios y formas en espiral). Pero también había un hermoso escritorio Biedermeier coronado por un busto de Ernesto, el último duque, una austera escultura clásica en alabastro que me asustaba cada vez que la veía.

Cuando llegué a conocerlo, el señor Altenburg —ése era su nombre oficial— rara vez salía de sus habitaciones, que olían inconfundiblemente a viejo. Allí, sentado en su cama estilo imperio y recostado sobre grandes cojines, la piel translúcida del anciano se asemejaba a la tez del busto de su padre. Y él me hablaba de libros, de su vida y de historia. Le divertía disfrutar

de la compañía de un niño; al fin y al cabo, había pasado la vida entre colegiales. Yo me deleitaba con sus historias no sin una sensación de asombro, y sin comprenderlas a fondo, pues el señor Altenburg era, en el sentido más estricto de la palabra, un mensajero de otra época, de una Alemania muy distinta de la que yo conocía. Cuando cumplió los catorce años lo habían nombrado teniente de la Guardia en el regimiento de su padre, y había recibido la educación de un futuro jefe de Estado. De vez en cuando también me dictaba cartas, pues a esas alturas ya tenía las manos demasiado temblorosas para escribir cómodamente. Las misivas iban dirigidas a la condesa tal y al príncipe cual, y de vez en cuando, para distraerse, a un profesor. Una botella de orina colgaba junto a la cama y, sobre una mesa, los restos de la última comida esperaban que los recogiesen. El dormitorio estaba literalmente atestado de libros, lo cual dificultaba los movimientos de un adolescente larguirucho.

La otra habitación, la biblioteca, parecía a la vez grande y recogida, y allí ya no cabían más volúmenes. De esos libros emanaban el olor dulzón del papel viejo e infinitos conocimientos. La joya de la corona era un sillón de tafilete con un atril de latón y caoba incrustado en el reposabrazos izquierdo. El sillón parecía enorme; me engullía entero cada vez que me sentaba a devorar biografías o libros de historia, muchos de ellos incomprensibles para mi edad, o simplemente para mirar por la ventana los viejos árboles del jardín mientras soñaba con vivir en una habitación así, en un castillo como ése, y con poseer esos preciosos libros y poder pasar el día leyendo sin tener que inventar excusas para faltar a clase.

Todavía recuerdo con total exactitud el momento en que por primera vez tomé conciencia de que el coleccionismo podía tener connotaciones más fuertes y misteriosas de las que había observado en las colecciones de mi infancia. Había conocido a

Wolf Stein en Ámsterdam, durante el servicio religioso en la sinagoga, servicio al que yo, que no soy judío, asistí simplemente por interés. Entablamos conversación y él me invitó a cenar a su casa. Stein hablaba neerlandés con una ligera pero inconfundible entonación alemana. Cuando llegué a su casa, a pocos pasos de la Rembrandtplein, me recibió con los brazos abiertos y me pidió que disculpara el estado en que se encontraba el apartamento. Me dijo que estaba reformando la sala; un proyecto a largo plazo, ya que lo hacía todo él mismo y no era especialmente hábil en materia de decoración. No obstante, lo que me llamó la atención no fueron las herramientas dejadas aquí y allá, sino los libros. Los había por todas partes. Pilas de libros ocupaban todo el pasillo y cada peldaño de la escalera que llevaba al primer piso. Trepaban por las paredes y no dejaban ni un centímetro de espacio libre, ni en el suelo ni encima de las mesas, las sillas y otros muebles. A las habitaciones sólo se podía acceder por unos canales estrechos y sinuosos que atravesaban un paisaje montañoso de material de lectura de todas las formas y tamaños. Stein me enseñó el apartamento. Había libros alrededor de la cama, libros en estanterías encima de la cama, delante de la bañera y en el estudio, que también albergaba un tesoro especial, a saber, su violín. Mi anfitrión me dijo que llevaba muchos años sin tocarlo, pero que nunca había perdido las ganas de volver a hacerlo.

La única habitación que se salvaba de esa proliferación era la cocina, un lugar desolado no sólo por desnudo en comparación con las demás habitaciones, sino también porque allí apenas había qué comer. La comida que compartimos fue escasa, pero Wolf resultó ser una compañía maravillosa y encantadora, lo cual me ayudó a olvidar los emparedados de sardinas y el té tibio con los que intenté saciar mi hambre de adolescente. Era un personaje curioso: bajito y amable, de poco más de sesenta años quizá, vestía de manera conservadora pero con ropa algo vieja y gastada. Cada uno de sus movimientos tenía algo de dis-

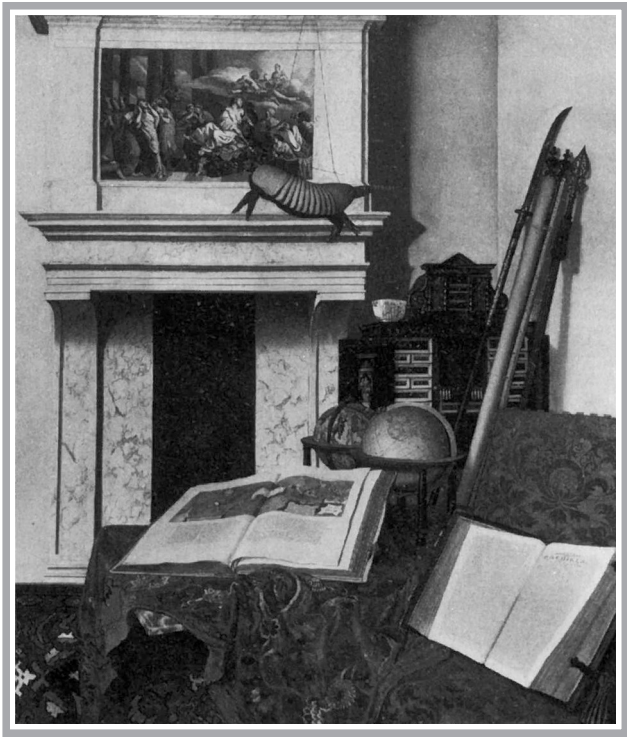
culpa, como si quisiera comunicar que él no había querido que las cosas fuesen así, que simplemente habían salido de esa manera y que esperaba compensar ese hecho con su sonrisa y su ingenio.

Me habló de su madre, que vivía en una residencia para ancianos y seguía siendo muy exigente, y de sus estudios de medicina. Le pregunté si continuaba estudiando. Sí, dijo, y añadió que hacía treinta años que estudiaba medicina de manera intermitente; como era incapaz de acabar la carrera, se daba periódicamente por vencido y luego volvía a empezar con energías renovadas. Esbozó una sonrisa de disculpa. Debes comprender, dijo, que pasé escondido casi toda la guerra, aquí, en Ámsterdam. Cuando me descubrieron tenía catorce años y fui a parar directamente a Bergen-Belsen. Lo que vi allí hizo que quisiera ser médico y ayudar a la gente. Pero, por otra parte, cuando veo a alguien con un corte en el pulgar y terriblemente dolorido, no consigo evitar recordar los cuerpos humanos amontonados en el campo de concentración, y sencillamente no logro atender al paciente como es debido. Es entonces cuando pierdo toda fe en la posibilidad de terminar mis estudios.

Durante esa cena me enteré también de que Wolf Stein tenía la dudosa distinción de haber tenido un destino semejante al de Ana Frank, con la diferencia de que él sobrevivió y no escribió un diario que diera testimonio de ello. Como los Frank, sus padres eran alemanes, de Schweinfurt, y habían huido a los Países Bajos con la esperanza de llevar allí una vida soportable. Como los Frank, ellos también tuvieron que esconderse, y también los descubrieron y los deportaron «al Este». A diferencia de Ana, Wolf salió con vida del infierno del campo de concentración. Cuando lo liberaron tenía diecisiete años y no lograba encontrarle sentido a la vida; desde entonces había vivido intentando formar un todo con las piezas que podía reunir y esforzándose por sacar fuerzas de la vida que había llevado antes de la catástrofe, una infancia completamente normal. Sus libros

eran parte del proyecto. Le pregunté por qué había acumulado miles de volúmenes, algunos en lenguas que él no entendía.

Es una estupidez, lo sé, dijo con una sonrisa, pero en mi juventud no tuve una educación que pueda calificarse de académica, y siempre vivo con la esperanza de compensar esa carencia leyendo todos estos libros.



I. Un parlamento de monstruos

Dijo, pues, Dios a Noé: «He decidido acabar con toda carne, porque la tierra está llena de violencias por culpa de ellos. Por eso, he aquí que voy a exterminarlos de la tierra. Hazte un arca de maderas resinosas. Haces el arca de cañizo y la calafateas por dentro y por fuera con betún [...]

Y de todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca una pareja para que sobrevivan contigo. Serán macho y hembra. De cada especie de aves, de cada especie de ganados, de cada especie de sierpes del suelo entrarán contigo sendas parejas para sobrevivir.

Génesis 6: 13-14, 19-20*

* Ésta y las demás citas bíblicas están tomadas de la Biblia de Jerusalén. (*N. del T.*)

EL DRAGÓN Y EL CORDERO TÁRTARO

Desde los tiempos más remotos, los dragones salen de sus guaridas para poner a prueba el mérito de la fe humana. En las leyendas aparecen ante las puertas de la ciudad saciándose de sangre inocente y desafiando a los guerreros más fuertes y más piadosos a que defiendan el orden de las cosas enfrentándose con la espada contra su abrasador aliento.

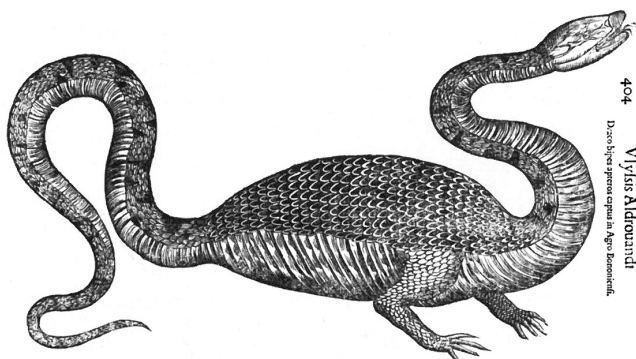
Cuando, en 1572, un «temible dragón» fue avistado en los pantanos cercanos a Bolonia, es muy posible que la bestia hiciera aflorar esos antiguos miedos. No obstante, esa vez el héroe no fue un caballero vestido con lustrosa armadura y en vías de canonización, sino un erudito corpulento y ya algo calvo desprovisto de todo si exceptuamos un nombre heroico, Ulisse, que él podía hacer valer como credenciales de guerra.

A pesar de que en la ciudad se encontraba de visita el mismísimo papa, la Iglesia no reivindicó un hecho que apenas un siglo antes se habría considerado una victoria de la cristiandad sobre el demonio, y creyó competente para ocuparse de las criaturas extrañas a un científico coleccionista, el célebre Ulisse Aldrovandi (1522-1605). El tono deliberadamente plano en que éste relata la captura del animal habla por sí solo:

El dragón se avistó el 13 de mayo de 1572. Silbaba como una serpiente. Había estado escondido en la pequeña finca del Maestro Petronio, cerca de Dosius, en un lugar llamado Malonolta. A las cinco de la tarde lo atrapó en un sendero público un boyero llamado Baptista de Camaldulus, cerca del seto de una granja particular, a un kilómetro y medio de los remotos alrededores de la ciudad de Bolonia. Baptista llevaba su carro de bueyes de vuelta a casa cuando advirtió que los animales se detenían bruscamente. Les dio unos puntapiés y les ordenó a gritos que siguieran andando, pero los bueyes se negaban a moverse y, más que avanzar, lo que hicieron fue hincarse de rodillas. En ese momento, el boyero percibió un sonido semejante a un silbido y se quedó boquiabierto al ver ante él al pequeño y extraño dragón. Con mano temblorosa lo golpeó en la cabeza con la vara y lo mató.¹

Al parecer, un simple bastonazo en la testa fue suficiente para acabar con el legendario animal. Es imposible saber qué era exactamente esa criatura. Tal vez un lagarto raro y de grandes dimensiones. Aldrovandi hizo lo que cabía esperar de un hombre de su posición: conservó el dragón y se puso a escribir una *Dracologia*, una historia del dragón en latín y en siete volúmenes, un tratado científico que intenta explicar el fenómeno que presenció como algo natural sin insertarlo en una metafísica o en una religión. Según Aldrovandi, el animal aún era joven, como demostraban las zarpas y los dientes no totalmente desarrollados; además, el autor pensaba que se había movido reptando como una serpiente, ayudándose con las dos patas. El cadáver tenía un torso grueso y una cola larga, y de la cabeza a la cola medía unos sesenta centímetros.

Hay partes del museo de Aldrovandi que han sobrevivido hasta nuestros días y hoy se encuentran en el Museo di Storia Naturale de Bolonia, en el Palazzo Poggia. Son pocos los turistas que llegan hasta el museo, y las salas revestidas de madera, con



sus armarios y vitrinas blancos, se hallan casi siempre inmersas en un relativo silencio. Dos cocodrilos disecados y colgados en la pared vigilan los huevos de aves, los cuernos extraños, las muestras de piedras y plantas y los doctos volúmenes. Sólo la luz fluorescente sirve para recordarnos que han pasado cuatro siglos. El dragón, ahora perdido, formó parte una vez de ese despliegue.

Estudiosos de toda Italia acudían a contemplar la colección para ver al dragón con sus propios ojos. En su apogeo, atrajo a decenas de visitantes, eruditos o curiosos por igual, y Aldrovandi llevó un minucioso libro de visitas, que él mismo inventariaba y actualizaba regularmente. Entre los invitados a firmar el libro había novecientos siete eruditos, ciento dieciocho nobles, once arzobispos, veintiséis «hombres célebres» y una sola mujer. No obstante, aunque fueron más de una las mujeres que brindaron al gran hombre el honor de una visita, ni siquiera a Catalina Sforza, lo más parecido a una reina que tuvo Italia, que llegó con un séquito de «catorce o quince carruajes y cincuenta damas de la nobleza, la flor y nata de las principales familias de la ciudad, acompañadas por más de ciento cincuenta caballeros»,² se la consideró poseedora de la estatura intelectual necesaria para que firmase el libro.